

Segundo Domingo de Pascua

Los doce deben haber anticipado que algo iba a suceder. María Magdalena les dijo esa mañana que había visto vivo a Jesús. Cuando Juan y Pedro fueron a la tumba, Jesús no estaba allí, solo su santo sudario colocado a un lado y como si él se hubiera desvanecido en el aire o algo así. Ese día, también, habría podido ser un día más importante en la vida de Tomás, pero él no estaba allí. La Escritura no nos da la razón de la ausencia de Tomás; sólo dice que él "no estaba con ellos cuando vino Jesús."

Pero, el foco de este Evangelio no es sobre Tomás, es en Jesús, el que nos salva. Todo el poder del mundo había sido lanzado contra Jesús para matarlo, pero no dijo ni una palabra para detenerlos. Un ejército de ángeles estaban a su mando, sin embargo, ellos optaron de no confrontar violencia con violencia, sino que combatir el pecado y la muerte con el amor incondicional. Jesús se levantó victorioso de la tumba, y ahora todo el mundo tiene esperanza de que nuestras vidas no terminarán en una muerte, pero en una nueva vida con nuestro Padre en el cielo.

Ahora Jesús no pierde el tiempo para seguir adelante con su plan de nuestra salvación. En esa misma noche del Domingo de Pascua, el primer día de Su resurrección, Jesús fue a ver a los apóstoles que Él había escogido desde el principio. A través de ellos, Jesús formó una comunidad de creyentes. Y con esta misma comunidad de creyentes, causaría la salvación del mundo entero. Este fue el momento en que eligió para dar su Espíritu a los apóstoles. Así como el aliento de Dios sopló sobre las aguas en Génesis para crear orden en medio del caos; así como Dios sopló el aliento de vida en Adán en el "Edén", y así ahora Jesús sopla sobre sus apóstoles infundiéndoles con su vida divina .

Él les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonene los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdone, les quedarán sin perdonar." Nuestra tradición católica considera estas palabras como la base bíblica para el perdón de los pecados a través del Sacramento de la Reconciliación. Tomás escogió un mal día para estar ausente.

Pero, Jesús en realidad es todo acerca de las segundas oportunidades. Después de todo Él mismo es la segunda oportunidad para toda la humanidad. Lo que se perdió en el Edén, Jesús vino ha restaurarlo, y ahora como dice el Evangelio, viene otra vez en este segundo Domingo de Pascua para sus apóstoles. Esta vez Tomás estaba con ellos.

"Ocho días después, los discípulos de Jesús estaban otra vez en casa, y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: "La paz esté con ustedes." Después dijo a Tomás: "Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree." (Juan 20: 26-27)

Para Tomás, las palabras de Jesús deben haber parecido como tener un micrófono abierto en el teléfono celular o algo así. Jesús no estaba allí cuando Tomás se burlaba en frente de los demás apóstoles con su incredulidad, pero ahora Jesús lo invita a creer utilizando sus mismas

palabras. Tomás debe haberse puesto rojo como una betarraga cuando escuchó la invitación de Jesús. Pero Jesús no tuvo palabras duras para él; sólo una invitación para que lo viera por sí mismo que se trata de Jesús, vivo, y bien, y de pie delante de él—para que él creyera.

El evangelio no nos dice si/o no Tomás tocó realmente las heridas de Jesús, pero él creyó, como él se lo dijo a Jesús: "¡Señor mío y Dios mío!". Tradición dice que Tomás se fue a la India para comenzar la iglesia allí, y debido a él, muchas personas vinieron a creer en el Señor.

Ustedes probablemente han notado, que las dos apariciones de Jesús ocurrieron en Domingo. Este es el día en que Jesús viene a nosotros aquí también. Hoy estamos aquí para adorar a Dios, porque él es Dios, y lo amamos, pero también llegamos a ser esa misma Iglesia por la cual Jesús viene de nuevo para dar la salvación al mundo entero. Hoy día, Jesús viene a nosotros en las palabras de la Escritura, en la persona del sacerdote, y en la asamblea reunida; pero más importante él viene a nosotros en la Eucaristía.

"En uno de sus sermones sobre la Eucaristía, Ronald Knox hizo esta observación: A lo largo de dos mil años de historia de los cristianos, ambos los creyentes individuales y las iglesias enteras, consistentemente han sido capaces de ignorar muchos de los mandamientos e invitaciones claves de Jesús. Hemos sido demasiado débiles para seguir sus consejos o los hemos racionalizado de alguna manera. Y así, en gran medida, nos hemos eximidos, nosotros mismos, de las demandas de amar a nuestros enemigos; de poner la otra mejilla cuando somos atacados; de perdonar setenta veces siete; de dejar nuestra ofrenda en el altar e ir primero a buscar la reconciliación con el hermano antes de ir a adorar a Dios; de colocar la justicia en el mismo nivel que la adoración; de ver la misericordia como mucho más importante que el dogma; de no cometer adulterio, de no robar, de no llamar a alguien tonto, de no decir mentiras, de no ceder a los celos. Tenemos, virtualmente cada una de estas áreas, en forma individual y colectiva, una historia de infidelidad y racionalización.

Pero nosotros, en su mayor parte, hemos sido fiel y consistente a través de todos los años a uno de los mandamientos de Jesús, el de celebrar la Eucaristía, de reunirnos en cada circunstancia y compartir su palabra y partir el pan y beber el vino en su memoria. Cuanto más viejo me pongo, se vuelve más significativo este escueto hecho para mí, tanto en lo que respecta a la iglesia y lo que se aplica a mí personalmente. En cuanto se me es posible, trato de celebrar todos los días la Eucaristía; por muchas razones. La Eucaristía contiene y lleva muchas realidades profundas: nos ayuda a continuar la encarnación de Dios en la historia; es el abrazo físico de Dios; es una intensificación de juntarnos en comunidad como cristianos; es el nuevo maná que Dios nos da para nutrirnos a su pueblo; es nuestra comida familiar juntos como creyentes; es el sacrificio de Cristo que celebramos ritualmente; es el don de la reconciliación y del perdón de Dios; es una invitación a un discipulado más profundo; es una mesa de banquete abierto para los pobres; es un servicio de vigilia en el que esperamos el regreso de Cristo; y es la oración sacerdotal de Cristo para el mundo.

Pero voy a la Eucaristía diaria por otra razón también, una más personal: este es el único lugar donde puedo ser fiel, en donde puedo esencialmente medirme a mi mismo. No siempre puedo controlar lo que siento o lo que pienso, y no siempre me puedo medirme

moralmente y espiritualmente, pero dentro de mi insuficiencia perpetua y de las ocasionales dudas y confusión, puedo ser fiel en esto de una manera profunda. Entoces voy con regularidad a recibir la Eucaristía.

Con la edad, me estoy poniendo menos confidente o seguro de mi conocimiento de Dios, la religión y la vida. Al profundicar el conocimiento, este también se amplía, y comienza a adquirir bordes más suaves. A diferencia de los más confidentes años de mi juventud, ahora vivo con la sensación de que mi comprensión de los caminos de Dios está muy lejos de ser adecuados, y mucho menos normativos. El misterio que vivimos es enorme, y cuanto más tratamos de entender la magnitud del mundo cósmico y espiritual, y de lo más que tratamos, también, vemos cuán inefable es Dios. Dios verdaderamente está más allá de nosotros, más allá del lenguaje, más allá de la imaginación, e incluso más allá del sentimiento. Podemos conocer a Dios, pero nunca podremos entender a Dios. "Y por lo tanto debemos ser más humildes, tanto en nuestra teología y en nuestra eclesiología." Más bien, no sabemos que es lo que estamos haciendo. La Eucaristía, debido a que es el único ritual que nos dió Jesús mismo, es uno de nuestros lugares de confianza.

Por otra parte, cuanto más viejo me pongo, más veo cuán ciego estoy en mis propias hipocresías y cuán débil y racionalizante es mi naturaleza humana. No siempre sé cuando estoy racionalizando o siendo parcial o siguiendo a Cristo correctamente. Y aun cuando lo haga, no siempre tengo la fuerza o la voluntad de hacer lo que sé que es correcto. Y por eso me apoyo fuertemente en la invitación que Jesús nos dejó en la noche antes de morir, de partir el pan y beber el vino en su memoria y confiar en que esto, si todo lo demás es incierto, es lo que debo hacer mientras espero que regrese .

A veces, cuando él estaba instruyendo a parejas en la preparación para el matrimonio, Dietrich Bonhoeffer, el gran sacerdote luterano y mártir, les daba una advertencia con palabras a este efecto: En este momento usted está enamorado y usted cree que este amor puede sostener su matrimonio. No puede. ¡Pero su matrimonio puede ser sostenido por su amor!

La Eucaristía es un recipiente ritual para los cristianos. No podemos mantener nuestra fe, la caridad, el perdón y la esperanza sobre una base del sentimiento o del pensamiento, pero podemos sostenerlos a través de la Eucaristía. No siempre podemos estar claro de mente o de buen corazón; no siempre podemos estar seguros de que conocemos el exacto camino de Dios; y no siempre estaremos a la altura moralmente y humanamente a lo que la fe nos pide. Pero podemos ser fieles en ésta de una manera profunda: podemos ir a recibir la Eucaristía con regularidad" .

Extracto del libro de Ronald Rolheiser, "Nuestro primer gran acto de Fidelidad."

Al igual que Tomás, en el Evangelio de hoy, mucho depende de nuestra asistencia a la Misa del Domingo, incluso si no sentimos de asistir. Jesús es todo acerca de las segundas oportunidades. Asegúrese de estar allí presente para su segunda oportunidad. ¡El próximo Domingo puede ser el día más importante de su vida!

Deacon Alan Christy
27 de Abril del 2014